

De la mentira de Clinton a las 935 de Bush

Alfredo Acle Tomasini©

En octubre de 1998, el Congreso de los Estados Unidos votó a favor de iniciar el proceso legal para destituir a Clinton como jefe del poder ejecutivo, por haber mentido bajo juramento respecto a sus relaciones sexuales con Mónica Lewinsky. Más tarde, en febrero de 1999, los senadores lo absolverían por escaso margen de los delitos de perjurio y obstrucción de la justicia. Esto cerró el caso judicial y puso fin al espectáculo mediático en el que se convirtió.

Apenas tres años más tarde, en septiembre de 2001 después del ataque a la Torres Gemelas, Bush y su equipo vieron la posibilidad de lucrar políticamente con el dolor y sed de venganza del pueblo estadounidense, y con la solidaridad que a éste espontáneamente le brindó la comunidad internacional. De esta manera sobre bases falsas, empezaron a crear un escenario para justificar la invasión de Irak y el derrocamiento de su presidente, a quién se le acusaba de contar con armas de destrucción masiva.

Poco a poco, a través de opiniones de expertos, discursos, reportes técnicos, visitas de inspectores, fotografías y múltiples discusiones, se fue construyendo el “caso de negocios” cuyo momento culminante ocurrió cuando en el Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas, se presentaron fotografías de las supuestas armas de destrucción masiva que, según Blair, otro mentiroso de antología y entonces Primer Ministro de Gran Bretaña, podían activarse en sólo cuarenta minutos. Qué absurdo, que a este personaje lo designe la Comunidad Europea como mediador del proceso de paz en el Medio Oriente.

En un artículo publicado el pasado mes de enero en el Washington Post, se dio a conocer una investigación del Centro para la Integridad Pública donde establece que a partir del ataque a las Torres Gemelas, Bush y miembros de su gabinete mintieron en 935 ocasiones respecto al riesgo que para la seguridad de los Estados Unidos representaba Hussein, así como las vinculaciones de éste con Al Qaeda. Para ello, analizaron declaraciones, ruedas de prensa, testimonios y entrevistas grabadas.

Como observadores externos, nos asombra la asimetría que existe entre las mentiras de Clinton y las Bush respecto a los efectos que tuvieron en terceros y a las consecuencias que a ambos les representaron, al menos hasta ahora, en términos legales y personales. Situación que parece tolerada por la sociedad estadounidense.

Las mentiras de Clinton no lastimaron a nadie; quizá un vestido manchado y un puro impregnado de Mónica que posiblemente se fumó en el paroxismo de sus fantasías sexuales. La única víctima fue el orgullo de Hillary, quién a juzgar por su posterior carrera política, parece haber preferido mantener la mirada puesta en la silla presidencial que en lo que sobre ella hacía su marido. Sin embargo, éste, pese a lo ridículo de un episodio que en otras latitudes se vería como normal, estuvo a pelos de ser destituido como presidente.

Pero una cosa es mancharse de semen, otra, muy diferente, es mancharse de sangre. Por ello, las consecuencias de las mentiras de Bush no son cosa de risa, ni quedarán en la historia de la picaresca de una sociedad cuya moral dual deja que la pornografía se convierta en una industria que opera legalmente empleando a miles de personas, al tiempo que se escandaliza por las aventuras sexuales de sus políticos.

Las estimaciones más conservadoras como las de Iraq Body Count - cuyo sitio de Internet reproduce con ironía la celebre frase del General Franks quién dirigió la invasión a ese país: “Nosotros no contamos cuerpos”-, ponen la suma de muertos civiles casi en 90,000. En términos proporcionales, esta cifra hubiera significado en Estados Unidos la muerte de casi un millón de sus ciudadanos.

Y esas muertes son apenas el primer efecto de la piedra lanzada al estanque; habría que considerar los heridos, los mutilados, los desplazados, los emigrantes, las enfermedades, los daños materiales, el surgimiento de la guerra civil y, ahora si, la presencia de Al Qaeda. Solo un idiota como Aznar, puede afirmar que la situación en Irak “es muy buena”. Me encantaría verlo con su mujer y su sweater rosa paseando sin escolta por el centro de Bagdad.

¿Por qué no juzgarán a Bush como lo hicieron con Clinton? Por la sencilla razón de que tuvo la habilidad de convertir en cómplices a sus potenciales juzgadores y porque la guerra también son empleos, negocios y, finalmente, votos. En cambio, el sexo es, por lo regular, solo cuestión de dos.